

# Deber y condiciones de eficacia

## CAPÍTULO IX EMPLEARLO TODO, DENTRO DEL ORDEN

por

JEAN OUSSET

## DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

### CAPÍTULO IX.

#### EMPLEARLO TODO, DENTRO DEL ORDEN

Llegados al término de esta tercera parte, consagrada al estudio de los "instrumentos y de los métodos", ¿cuál será nuestra conclusión? ¿Qué instrumento, qué método preconizaremos?

**Emplearlo todo, dentro del orden.**

Para ello, respetar a la letra esas directrices de Pío XII: "hacer de suerte que las necesidades queden bien definidas, las metas bien claras, las fuerzas disponibles bien determinadas, de forma que, desde el principio, los recursos actuales no sean despreciados por no conocerlos, ni emplearlos de manera desordenada, ni derrochados en actividades secundarias" (1).

Porque, aunque todo sea bueno, no todo vale lo mismo o no es igualmente necesario en el mismo momento. Nada es más agotador que la proliferación de esos organismos de pretensiones vagas, de los que jamás se sabe lo que quieren hacer, qué sector desean ocupar, cuáles son sus objetivos precisos, sus armas, su especialidad, etc....

O dicho de otra forma: necesidad de que cada cual fije, con prudencia y claridad, su línea de eje de actuación. Y, fijado éste, la necesidad de permanecer en él y obligarse a no traspasar sus límites. Toda acción que quiere ser eficaz supone, con sus especializaciones, el sentido de complementariedades correspondientes.

Por ello es menester manifestaciones masivas (congresos, mítines), porque es conveniente exhibir la fuerza numérica en algunas ocasiones; como es menester también disponer de ins-

(1) Pío XII, 10 de diciembre de 1952.

trumentos de formación seria (cursos, células, escuelas de cuadros...).

Una amplia concentración puede ser concebida, así mismo, de formas muy diferentes. Ya como una reunión multitudinaria, que tenga por objeto producir un entusiasmo psicológico de gran efecto. Ya como una reunión, numerosa ciertamente, pero recogida, fervorosa, rigidamente dirigida. Y siempre queda la posibilidad de valorizar, de "personalizar" fórmulas aparentemente toscas. Como siempre es fácil, por desgracia, dejar que se corrompan los mejores medios.

Lo que se puede decir es que, en el actual estado de cosas, es más conveniente preferir un dispositivo ligero, manejable, rico en grupos variados y complementarios.

Única fórmula aceptable de esta "unidad en la diversidad", de la que tanto se habla hoy en día.

No temamos añadir que en muchos casos sería de desear la desaparición de los organismos superfluos. Y esto no para reducir como cuestión de principio el número de organismos existentes, sino para crear otros mejor pensados, mejor adaptados, mejor repartidos a lo largo del frente que hay que mantener (2). Para evitar en lo posible los entorpecimientos, las superposiciones, las intromisiones. Dos obras que realizan la misma labor se perjudican y debilitan mutuamente. Dos obras cuyas actividades se complementan, en vez de perjudicarse aumentan la potencia del dispositivo general. ¡Pero, ay!, la falta de dinero y, todavía más, la falta de hombres formados en estos métodos reducen considerablemente las posibilidades de semejante estrategia.

---

(2) Frente que no sólo es social o político, en el sentido estricto de esas dos palabras. Frente del cine y de los espectáculos. Frente de la moralidad en las calles. Frente del libro, del impreso (diarios especializados o no; revistas técnicas, profesionales, de modas, etc...). Frente de las obras de asistencia, de socorros. Frente de los círculos artísticos, culturales... Frente de las asociaciones deportivas ("al aire libre", montañismo, náutica...). En todas partes hay verdades que propagar, errores que combatir, desviaciones que impedir.

De ahí la obligación de atenerse, ante todo, a las fórmulas clave, a los medios más seguros, a los medios más fuertes.

**Empalmarlo todo por lo alto.**

**Colgar las cosas por arriba.**

¿Pero cómo distinguirlos? ¿Con qué criterios?

Teniendo por encima de todo el sentido y el respeto del orden verdadero, el sentido de la jerarquía de los verdaderos bienes, de las verdaderas fuerzas.

Intentar el mayor rendimiento personal posible. Dicho de otro modo: preferir lo que es personal a lo que es gregario; lo que es reflexivo, consciente, lúcidamente voluntario, a lo que sólo es impulsivo y visceral.

¡Por supuesto que interesa tan sólo dirigirse a las cabezas, a los cerebros! No renunciar a captar al hombre entero. Pero sólo después de haberle alcanzado en esa parte más elevada de sí mismo, que es la sede de su inteligencia, de su voluntad y, por lo mismo, de su libertad. Esa parte de sí mismo es la que mejor puede defenderse contra los sentimientos, las pasiones que tratan de despertar en él; de tal forma que, si una ola de entusiasmo le penetra al fin, no sea más que, al descender, soberana de esa región superior.

Lo que está empalmado por lo alto siempre está en equilibrio.

Verdad muy frecuentemente olvidada por quienes hoy se dejan conturbar por los métodos, radicalmente opuestos, de eso que ha sido llamado "psy-war", o guerra psicológica. Métodos que consisten en empalmar las cosas por lo bajo, que es como decir manejar a los hombres por las potencias inferiores de su ser. Subversión radical.

Esta noción de un orden que respetar, de una jerarquía que salvaguardar, dentro de la psicología de nuestros métodos de acción, es aquella cuya ignorancia es, sin duda, más desastrosa.

No decimos que la única acción permitida sea la acción doe-

trina..., todas pueden ser útiles. Pero ¡cada una en su lugar! Y según el orden de esas recomendaciones que San Pablo hizo a Timoteo para enseñarle a obrar bien.

“Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús... predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, suplica, amenaza, con toda paciencia y doctrina...” (3).

Tal es el orden:

“¡Ante Dios y Jesucristo!” ¡Ciertamente! Porque sin ellos, ¿para qué trabajar? “Si Dios no existe, todo está permitido”, dijo el pensador ruso.

“Predica la palabra...” ¡Ante todo! O dicho de otro modo: ilumina ante todo las inteligencias. Dirigete a las potencias más elevadas del alma, a las que hacen del hombre lo que es: animal racional. Y sólo una vez iluminadas, conquistadas aquéllas, te será permitido...

“... reprender... insistir a tiempo y a destiempo...”. Dicho de otro modo: proceder de una manera más apremiante. Más sensible, por ser más punzante, más obsesiva, tal vez, psíquicamente.

“Suplica...” He aquí que se dirige al corazón, a los sentimientos. Lo que puede llegar hasta lo emocional. Para el mayor servicio de lo que previamente ha designado la “predicación de la palabra” como justo y bueno.

“Amenaza...” Es decir: no dudes, si es menester, en recurrir al temor, a ese triste medio del miedo. Intervención poco sublime, pero que en su lugar San Pablo no deja, sin embargo, de aconsejar.

“Con toda paciencia...” Es decir: recurre a la acción del tiempo. Con confianza en la acción duradera, ¡perseverante!

Pero sin olvidar nunca el engarce de donde debe quedar suspendida esa gama de medios tan diversos: ... “predicando siempre la doctrina...”.

Porque es por ahí, por medio de esa soberana acción sobre

---

(3) II. a Timoteo, IV, 1-8.

las inteligencias, por donde todo lo restante puede y debe ordenarse, regularse, regirse de forma legítima.

¡Tales son las condiciones de equilibrio de la acción! Tan pronto como uno pretenda apartarse de esta regla, tan pronto como uno tienda a conceder la precedencia a las potencias inferiores, serán evidentes el desorden y por ende la inmoralidad.

Desorden mucho más extendido que lo que se cree.

Desorden en el impreso, en el que cuenta menos la discreción del argumento que la sacudida emocional (o sensual) provocada por el título, el texto o el dibujo.

Desorden en los negocios, en los que la acción publicitaria procura menos convencer al cliente que obsesionarle o fascinarle.

Desorden en el mundo del trabajo, en el que por las técnicas, llamadas de "productividad", el obrero es muy a menudo reducido al simple estado de fuerza productiva. Desorden de las grandes fábricas, en las que un "psicólogo" se encarga de mantener artificialmente una "buena moral" por medios puramente emocionales o sentimentales (música, perfumes, etc....).

Desorden del más alto grado en esos métodos de "sociología", de "psicosociología", que conducen a un verdadero aniquilamiento de la personalidad por la mecánica del grupo. Métodos de inconsciencia, de anonimato, en los que la inteligencia personal no encuentra ningún objeto, en los que la misma historia está desterrada. Porque "determinaría" a los miembros de una sociedad industrial a los que los teóricos interesa mantener en estado de "perpetua transformación".

Desorden en política, en la que los príncipes modernos procuran gobernar menos por la razón que por la excitación de las pasiones, el despertar de intereses materiales, la satisfacción de los apetitos. Hasta la diplomacia, que tan reservada, tan discreta en otros tiempos, se ha hecho patética, sentimental, elegiaca; llorona, para conseguir mejor sus fines.